

■ *José Hernández. Ejercicio de memoria.* Málaga, Salas de Exposiciones del Palacio Episcopal, abril - junio 2003

*Rosario Camacho Martínez*

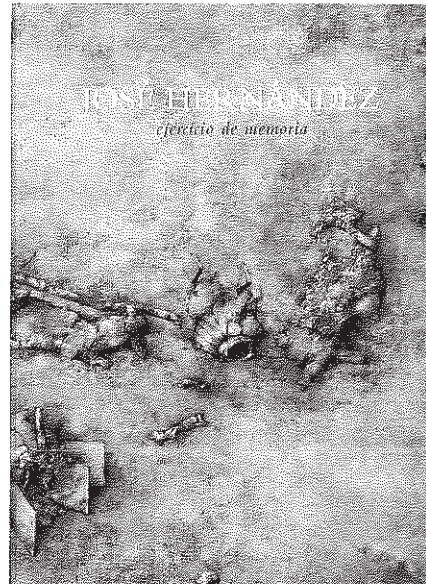
Bien conocida y apreciada es la trayectoria del pintor José Hernández (Tánger 1944), que nos ha mostrado una completa retrospectiva de su obra en Málaga. Ha habido una intención en esta ubicación, basada en las cada vez más firmes relaciones del artista con este entorno ya que, desde hace casi veinticinco años, tiene estudio en el término de Villanueva del Rosario, un pueblo de la provincia de Málaga, donde, en la tranquilidad y el silencio del campo, dedica buena parte del tiempo a su actividad pictórica; cada vez se siente más identificado con este lugar, que le ha correspondido nombrándole hijo adoptivo en el 2000 y, además, recientemente también una prestigiosa institución malagueña como el Ateneo le ha impuesto la medalla Ateneo de Málaga 2003, lo que se une a los muchos e importantes premios recibidos por este artista y académico que, en 1981, fue Premio Nacional de las Artes Plásticas.

La muestra de Málaga, comisariada por Gabriel Villalba, y en la que se exhibió una impresionante selección de sus trabajos, es espléndida, no sólo por el preciso y completo recorrido que se hace a través de la evolución de Hernández a lo largo de más de cuarenta años, desde los dibujos iniciales realizados en Tánger en los primeros años sesenta, pasando por obras que representan todos los campos y técnicas practicadas por el pintor, hasta llegar a sus últimos óleos fechados en el 2002, una revisión exhaustiva que deslumbra por su calidad y emoción.

Esta exposición aporta claves importantes para conocer los inicios de su gestación como pintor que, curiosamente desde su autoformación inicial en tierras africanas, afirmándose en el trabajo, ha llegado a un delicado virtuosismo, a la sutileza de esa peculiar caligrafía suya capaz de expresar su mundo interior; sin embargo ha mantenido una coherencia y una actitud estética que no desdice de esos dibujos tempranos, que fueron valorados por Emilio Sanz de Soto, personaje entrañable tan ligado a Málaga, quien lo respaldó en su primera exposición y fue su valedor en Madrid, donde ha desarrollado, fundamentalmente, su experiencia artística. Pero el tiempo de Tánger fue importante. Tal vez haya pesado la rica atmósfera intelectual que se vivía en aquella ciudad, internacional y cosmopolita, en la que el encuentro multicultural y de diversas religiones, tendía a estimular en los creadores la afirmación de sus valores individuales, de su identidad.

Porque podríamos decir que la trayectoria de Hernández ha sido tremendamente coherente, pues si bien sus primeras obras nos muestran algunos tanteos, entre los que se vislumbra una línea más experimental vinculada al informalismo y a la pintura

matérica, en la misma década de los sesenta empieza a mostrar un universo de personajes deformes, fantasmagóricos, angustiados, extrañas arquitecturas arruinadas, ya perfectamente maduro en el que ha continuado profundizando y ha logrado esa terrorífica belleza de su obsesiva iconografía. Apariciones insólitas, imágenes que demuestran sus conexiones iniciales con las formas clásicas de los maestros del Renacimiento, o la brillante técnica de los pintores barrocos, pero también con el mundo fantástico de El Bosco, Arcimboldo, Goya, Bocklin o, incluso, la viscosa atmósfera del universo literario de Borges, que tan bien supo plasmar en las ilustraciones de sus libros. Un mundo por el cual su lenguaje se ha definido como surrealista, pero indudablemente difícil de encuadrar porque no ha dejado de ahondar en él, moviéndose en un marco más amplio, que asume la tradición surrealista y la figuración fantástica con total libertad de comportamiento.



He aludido a una de las cualidades de esta obra, la calidad, la excelencia en su factura, evidente en la cuidadísima elaboración, que tiene como base una extraordinaria atención al dibujo; pero la técnica no es algo frío, es mucho más que un vehículo de expresión, forma parte de la sensibilidad creadora, inseparable del lenguaje del artista. José Hernández es un espléndido dibujante y no se recata en mostrarnos la importancia que concede al dibujo, no sólo como obra definitiva, en la que siempre ha destacado como un artista consumado, que le ha llevado a ser figura excepcional del grabado calcográfico, destacando su obra gráfica que ha evolucionado a la vez que su pintura, una adicción a la que no puede escapar. Pero también el dibujo como base y fundamento de su pintura al óleo, donde el trazo, firme y delicado a la vez, se nos muestra no sólo en la base de su concepción sino que dibuja con el mismo óleo, una paleta magistral de tonos sepias para sus decrepitas encarnaciones, lo podrido bajo una leve envoltura, de donde emergen los más variados matices, compensado y contrastado por los vivos colores de los ropajes y entornos, de los que extrae las más insólitas calidades.

He aludido a una de las cualidades de esta obra, la calidad, la excelencia en su factura, evidente en la cuidadísima elaboración, que tiene como base una extraordinaria atención al dibujo; pero la técnica no es algo frío, es mucho más que un vehículo de expresión, forma parte de la sensibilidad creadora, inseparable del lenguaje del artista. José Hernández es un espléndido dibujante y no se recata en mostrarnos la importancia que concede al dibujo, no sólo como obra definitiva, en la que siempre ha destacado como un artista consumado, que le ha llevado a ser figura excepcional del grabado calcográfico, destacando su obra gráfica que ha evolucionado a la vez que su pintura, una adicción a la que no puede escapar. Pero también el dibujo como base y fundamento de su pintura al óleo, donde el trazo, firme y delicado a la vez, se nos muestra no sólo en la base de su concepción sino que dibuja con el mismo óleo, una paleta magistral de tonos sepias para sus decrepitas encarnaciones, lo podrido bajo una leve envoltura, de donde emergen los más variados matices, compensado y contrastado por los vivos colores de los ropajes y entornos, de los que extrae las más insólitas calidades.

Pero no sólo destaca la calidad, sino también la emoción que entraña su discurso. Hernández es maestro de grandes composiciones que introducen un contenido capturable racionalmente, con representación detallista de contenidos alegórico-simbólicos, no obstante las sensaciones que produce son más importantes que lo narrado. La arquitectura es argumento fundamental en la obra de Hernández, Y si nos sorprenden

sus cuadros-espectáculo, de magníficas escenografías oníricas donde el espacio se articula con composiciones arquitectónicas plenas de sentido corpóreo, o las sugerentes propuestas de sus collages y dibujos de los años ochenta donde se valora la geometría y perspectiva, la proporción y medida de los tratados de arquitectura antigua, también nos ofrece ecos de melancolía que destilan un velado romanticismo, porque, como ha destacado Víctor Nieto, su forma de entender la representación arquitectónica es un referente del tiempo que todo lo devora. Así, a través de ese punto de fragilidad, la introduce en su propio mundo de transformación y degradación, mostrando al espectador un proceso de creación en el que para construir es necesario destruir. El edificio como un organismo herido evocador de una metamorfosis letal, donde desaparece el poder estético de la ruina.



También sorpresa y conmoción es lo que se siente ante sus fantasmales figuras de facciones humanas en permanente metamorfosis, seres vivos tratados como ruina, o ante la singular vehemencia de su extraño bestiario, de híbridos, esqueletos o cráneos, por escorzados más dramáticos, como si revisitando el siglo XVII de Pereda o Valdés Leal, un contemporáneo maestro de las Vanitas, expresión de la caducidad del ser humano, nos propusiera un nuevo Sueño de la Muerte.

En alguna ocasión Hernández ha indicado que sus imágenes no son repulsivas, pero sí pueden ser un revulsivo; evidentemente su iconografía no deja lugar a la indiferencia, pero sí la primera impresión puede provocar rechazo o malestar, inmediatamente el espectador se siente captado por su extraña belleza. El artista tituló "Reflexión sobre el gran malestar" a uno de sus grandes trípticos de 1973. El espectador está al otro lado pero su observar le hace identificarse con este universo y gozar.

José Hernández ha afirmado también, en momentos muy solemnes, que su pintura es silencio. Pero los múltiples recodos por los que transita ese silencio-imagen nos permiten contemplarlo, "oirlo", con estupefacción. Por parte del artista hay un callar, una poderosa fuerza que le obliga a despreciar lo superfluo, a olvidarse de todo lo que le rodea para adentrarse en su propia memoria interior. Por nuestra parte ese silencio es un imperativo implacable que nos atrae y nos invita a entrar en su mundo para comprender que, negándose, se afirma en su propia identidad.

La experiencia del silencio total, dice Argullol, es una experiencia del horror. Como en el caso del grito absoluto son manifestaciones máximas de una presencia y una ausencia insoportables y en el terreno de la plástica el silencio puede ser tan terrible como el grito.

Un grito no escuchado, silente, llega hasta nosotros y nos envuelve en todo el recorrido de esta exposición.

Óleos sobre lienzo o tabla,, dibujos a lápiz, a tinta o al carbón, acuarelas, técnicas mixtas sobre papel o madera, collages, aguafuertes, litografías, carteles, ilustraciones, libros de artista, todo en una impresionante exposición de la que el espectador no escapa inmune. Finalmente, cuando se cree posible el reposo y la reflexión, José Hernández, a través de imágenes animadas, nos invita a transitar por escabrosos pasillos, un espacio misterioso, sin fin, que se renueva tras una y otra puerta, metáforas, tal vez, de un acceso al conocimiento de nuestras propias obsesiones. Como una presencia de lo incierto, el desmesurado insecto, ¿monstruo maligno o amable guía?, cauteloso y vigilante, avanza y nos encamina por esa atmósfera inquietante que nos provoca sensación de malestar, desolación, ansiedad, temor ante lo desconocido a la vez que la necesidad de conocer lo que hay tras la siguiente puerta cerrada. Pero el itinerario parece no tener fin, y siempre permanece la interrogante ante la penúltima puerta.

